

Un libro dedicado Subdesarrollo informativo

C. Alonso de los Ríos

SIEMPRE me han impresionado las ditirámicas dedicatorias de los libros clásicos y sobre todo las cervantinas. Precisamente por la singular honradez del ilustre manco. Quevedo, Lope y Góngora eran muy capaces de besar el zapato a cualquier noble idiota de la época para que les tirase unos doblones, pero Cervantes era un espíritu muy superior. Ni siquiera era un conformista con la sociedad en que vivió y en ese grito desolado de su alma que es el Quijote encontramos a cada paso la crítica de las cosas más peligrosas de criticar en la época, no ya con reticencia a una posible represión inquisitorial, sino a un rechazo social. Puede servirnos de ejemplo la simpatía con que nos pinta a Pedro Ricote y su familia, moriscos todos expulsados del país y cuya desgracia llora Sancho desoladoramente, lamentando una medida tan

la dignidad humanas. En el comienzo de la "Gitanilla", Cervantes nos hace una terrible confesión: la del problema que se le presentaba a todo escritor de la época que era el de escribir para una público determinado que comprara. "También hay poetas — escribe — que se acomodan con gitanos y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen milagros, y van a la parte de la ganancia (de todo hay en el mundo). Y es a la de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios a cosas que no están en el mapa". Por ejemplo, a dedicar su libro del "Viaje del Panaso" a don Rodrigo de Tapia, mozo de quince años, pero hijo de papá. De un papá que no era nada me-

nos que oidor del Consejo Real y sobre todo consultor del Saneado Oficio. Américo Castro dice que no sabe lo que obtendría el novelista con aquella obsequiosidad ni por qué lo haría en concreto. No importa gran cosa. Sabemos el gran motivo: "Esto de la hambre". Siento tener que dar una interpretación tan materialista de las grandes dedicatorias —afortunadamente no de todas, por supuesto— y hasta de la tendencia ejemplarizadora de Miguel de Cervantes en su producción menor, pero él mismo lo confiesa y en todo caso siempre será más noble para un espíritu tener que claudicar por hambre que claudicar ante el tintineo de unos doblones o el título de una encomienda.

Però la historia no será humana hasta que ningún hombre se vea obligado a claudicar de su libertad o su dignidad, si quiera ofreciendo dedicatorias rentables a poderosos señores, ni por hambre, ni por miedo, ni por abuso de poderío. Lo he pensado mientras estudiaba con emoción los procesos de censura de los libros cervantinos. Levantar ese mundo es la finalidad de toda cultura verdaderamente humana. Porque mientras tanto "esto de la hambre" estará a la base de toda derrota y de toda tragedia humana. Para Miguel de Cervantes tener que dedicar sus libros a jóvenes ilustres, pero también explica las últimas sangrientas noticias del Congo.

JOSE JIMENEZ LOZANO

EN nuestro país se lee menos prensa, se escuchan menos receptores de radio y se cuenta con menos aparatos de televisión que en cualquier otro país europeo. España está por debajo de la media mundial (cien ejemplares de periódicos diarios por cada mil habitantes), cifra considerada por la Unesco como decisiva para determinar desarrollado o subdesarrollado a un país, en el campo informativo. La Unesco en su estadística de 1962 sobre el año 1959 da para España la cifra de 73 ejemplares de periódicos diarios por cada mil habitantes y el estudio de los medios de comunicación de masas en España, editado recientemente por el Instituto de

la Opinión Pública da una tasa inferior, 71,3 (incluyendo los periódicos deportivos "Marca" y "Mundo Deportivo"). Es obvio que el ciudadano debe estar informado acerca de los asuntos internacionales, de los problemas nacionales —políticos, sociales, económicos— y, naturalmente, de los problemas profesionales. La vida democrática de una comunidad está en función de la participación de los ciudadanos no sólo en los asuntos que le afectan directamente, en los profesionales, sino en todos los que afectan a la comunidad. Pero, mal puede haber una participación cuando ni siquiera el ciudadano está informado. Derecho de información y de expresión son previos y necesarios a una práctica democrática. Por otro lado, la información es una exigencia de la humanización del hombre ya que ésta se logra cuando el hombre tiene una concepción universal del mundo que le ha tocado vivir, ajustada a la realidad y no sobre tópicos, falseamientos o versiones ya peyorativas o tonamente optimistas. Un hombre es tanto más culto cuando más rica en datos, en conocimientos es esta concepción del mundo. No quiero decir que todo hombre tenga que poseer una cultura vastísima, simplemente que no se puede ser hombre en la plena acepción del término más que cuando se

posee una interpretación de la realidad histórica basada en una serie de informaciones dignas de crédito. Desde estos supuestos se ve claramente la necesidad de una información total y correcta. En los países altamente industrializados se ha resuelto el problema técnico de los medios de comunicación, aunque se enfrentan con graves problemas de índole social y política, tales como el monopolio del derecho de expresión por parte de una minoría privilegiada y poderosa económicamente, el control y la intervención de Gobiernos que se titulan democráticos, la criba sistemática de las informaciones por parte de las grandes agencias mundiales, el silencio en torno a las cuestiones económicas y sociales más importantes, la despolitización en suma de la prensa y el auge extraordinario de una prensa llamada de información, dedicada a lo espectacular a lo deportivo o a lo entretenido. En nuestro país el subdesarrollo cuantitativo de los medios de información, ¿es síntoma de un subdesarrollo general? ¿Debe la discusión para los economistas, pero lo cierto es que la causa no es otra sino un bajo nivel económico. Otras causas que podrían ser aducidas, como cierto analfabetismo o poca curiosidad intelectual no son más que fenómenos de un bajo nivel de vida.

CHARLES PÉGUY UN HOMBRE DEL PUEBLO



injusta. Sin embargo los cristianos viejos en inmensa mayoría no debieron ver con buenos ojos esa simpatía, si es que la vieron, claro está, porque despreciaban el leer y ocuparse de libros como de resabio judaico. Rióse también Cervantes de aquella insania de la época de andar día y noche tras títulos e hidalgas, encomiendas y hábitos, pero unos días antes de morir vistió el de la Orden Tercera de San Francisco más por el qué dirán que por otra cosa. Era un cristiano sincero y ante Dios le bastaba, pero en este mundo y en aquella época necesitaba además una capucha, una insignia. Así de exigente es la vida. O el hambre. El señor Miguel de Cervantes lo había probado más de una vez y sabía qué amargo es para la garganta y el estómago, pero también para el cerebro y el espíritu, el mayor enemigo de la libertad y de

YO he conocido las amistades y los odios, el silencio concentrado, el boicot, el estrangulamiento sordo, el índice laico, el asedio silencioso, la guerra económica, el bloqueo, y en todo momento el cerco. Para los vecinos de la calle de la Sorbonne, no era ningún espectáculo extraño ver al «gerente» de los Cahiers de la Quinzaine barrer el trozo de la calle correspondiente a la tienda. Charles Péguy a más de «gerente» de la revista era el redactor, el impresor, y hasta, en las circunstancias difíciles, el postulador callejero. Extraña publicación la de los Cahiers de la Quinzaine, cuyo precio por la suscripción quedaba a la estimación de sus lectores, oscilando entre los dos y los cien francos, y recibiendo gratuitamente quienes carecían de recursos económicos. Indudablemente con el dinero que obtenía no alcanzaba a cubrir las necesidades de su familia —ya por entonces tenía tres niñas—, pero escribir cristiano en este siglo, es adquirir un certificado de miseria.

Péguy fue de los pocos intelectuales de su tiempo (en el nuestro hubiera resultado aún más extraño) que no persiguió el relumbramiento de la gloria ni se sintió atraído por esa falsa seguridad del dinero. Su vida y su obra, su pensamiento y su comportamiento se hermanaron tan estrechamente que resulta imposible percibir a lo largo de su existencia la más mínima disociación. Las afirmaciones del pensador serían las realizaciones del socialista, el sentimiento del lirico sería el dolor y la esperanza del cristiano. En el confluyen los extremos, puesto que de nada reniega: «de toda civilización pasada queda siempre algo hermoso y humano». Va buscando la integridad allá donde ésta se encuentre: en lo temporal o en lo eterno, en lo filosófico o en lo pragmático, en el testimonio o en la defensa, en lo patriótico o en lo internacional, en lo lirico o en lo parafictario, en lo sobrenatural o en lo carnal. En sus Cahiers, no pretende convencer sino informar; y es

curioso observar cómo los problemas entonces allí denunciados han adquirido en nuestra hora un mayor relieve. Hijo que fue de una compeñada de sillas, permanecerá siempre fiel a su condición de hombre del pueblo, estimándolo como el título de mayor honorabilidad que alguien pudiera sustentar. Tal sentimiento le llevará en sus años jóvenes a abrazarse al socialismo, aunque su conducta está más cerca del misticismo, a quien su crecimiento le empuja a satisfacer por otros caminos sus ansias de espiritualidad reprimidas, que la del militante de ciega obediencia. Su salud, la única riqueza que aun conservaba, la expuso una y otra vez en aquella lucha a fin de obtener algo de valor tan inapreciable como la autenticidad y el desprendimiento.

Péguy repudia al dinero porque ve en él al gran enemigo de las potencias espirituales, mantenedor de una situación de injusticia que separa a los hombres dividiéndolos en clases. Nuestra sociedad es como una taquilla por la que «delante desfilan todos aquellos que no reciben nada del Estado, pero que le entrega el diezmo sobre sus trabajos de creadores y productores; detrás de ella están los que viven en neón sentados y apuntalados, enemigos del riesgo y protegidos contra el hambre». La codicia y la rapiña de unos pocos han obligado a desarrollar enmarañadas teorías económicas que, disfrazadas por aquello del «bien general», atentan no sólo contra el hombre sino que se extienden a todo el cuerpo social.

Llevado por su amor hacia las formas simples, llegaría a exclamar: «Ya no existe pueblo». El culto al dinero había sobrepasado los límites de una clase capitalista para llegar al mismo pueblo, esa «comunidad rica en honor y pobre en medios que ignora los métodos de vida burguesa y constituye una de las reservas de la historia». Un proceso de contaminación que se iniciaba en el obrero, se continuaba por el artesano, y concluía en el campe-

sino, les había obligado a participar en el juego económico donde ninguna posibilidad tenían de ganar y si todas las de perder. Perder su amor al trabajo bien realizado, sus hábitos sencillos, su afabilidad y su honradez; perder su estimación y hasta su orgullo de clase. Y no es que Péguy pretendiera llegar a una exaltación espiritual a costa del conformismo en el orden material. Tras su conversión expone en repetidas ocasiones la necesidad de llegar a la salvación del alma a través, primero, de la salvación del cuerpo; ya que sobre naturalidad y corporalidad constituyen para él un compacto bloque como el que forman las dos manos al unirse bajo el rostro en la oración. Por otra parte, su concepto de la miseria no permite otra actitud. El miserable vive inmerso en su miseria, constituye su parte central y sólo puede ver por mediación de ella. Es decir, pertenece a un mundo ajeno donde no se perciben ni nuestras palabras ni nuestras razones. Para redimir al miserable es necesario sacarle antes fuera de su miseria.

Però es sobre todo su concepto de la Justicia, tan radical como cualquiera de sus otros aspectos, lo que impondrá un sentido dinámico en cuanto respecta al pueblo. «La ciudad armoniosa tendrá por ciudadanos todos los vivientes, los cuales serán almas». Y si cualquiera de estos vivientes, de estas almas se viera postergado, abandonado a la miseria, el pacto social sería nulo en su totalidad. No confía demasiado en las planificaciones, ni en las revoluciones económicas; el cambio de las superestructuras ha de fundamentarse en el cambio de la estructura interna de cada individuo. Sólo así será posible alumbrar una nueva época.

El 5 de Setiembre de 1914, el teniente Charles Péguy caía muerto en Villeroy, en la misma víspera de la batalla del Marne. Y si la Iglesia perdió, aquel día un hijo predilecto; si al mundo se le arrebató un gran lirico, este daño sería aun mayor para el mismo pueblo que no sólo quedó privado de uno de sus más aventajados pioneros sino, también, de un incansable luchador, de un agudo profeta. A los cincuenta años de su muerte parece como si la soledad que le acompañó en vida se proyectase sobre el tiempo. Cuatro o cinco breves reseñas apreciadas en revistas de escasa difusión han sido el homenaje que

nuestro país (1) ha rendido a este hombre le actualidad permanente.

GUILLERMO DIEZ

(1) En la colección Hinneri acaba de aparecer una interesante traducción debida a José Jiménez Lozano y José Luis Martín Descalzo, cuya crítica apareció en este periódico en su día.

NACIONES	PRENSA Ejemplares diarios por mil habitantes	RADIO Receptores por mil habitantes	TELEVISION Receptores por mil habitantes
Alemania Rep. Federal	313	289	83
Alemania Rep. Democt.	456	317	60
Austria	380	276	27
Bélgica	275	272	68
Bulgaria	201	162	—
España	73	82	8
Francia	243	239	41
Inglaterra	582	287	211
Grecia	125	90	—
Italia	108	155	—
Checoslovaquia	200	253	43
Suecia	462	360	58
U. R. S. S.	398	194	137
América del Norte	252	182	29
América del Sur	81	182	222
		85	37

OTRA VEZ LOS SALARIOS

VOLVEMOS a leer con es-tupor opiniones en torno al tan debatido tema de los salarios y la productividad. Desde la idea de crear una auténtica disciplina del trabajador, es decir, llegar al desdicho voluntario, a la necesidad de adecuar productividad y salarios, innovando al sacrificio, una vez más, de las mayorías laborales, todos los tópicos se dan cita en esta concertada y unánime voz que se extiende por muchas de las publicaciones que tratan de temas económicos. Es interesante subrayar el tono cada vez más agresivo que los portavoces de la empresa van adquiriendo. Ya no se trata de buscar la conciliación entre los mundos opuestos del capital y del

trabajo, limando asperezas e intentando una armonía. Desde los tópicos del trabajador en Alemania, que por lo visto rinde mucho más que lo hace en España, cuando no se quieren mencionar las superiores condiciones de salarios, que en España no se pueden o no se quieren conceder, hasta la urgencia por aligerar plantillas de personal, a efectos de la productividad, la tinta está corriendo sobre el papel con la intención de modelar la opinión pública. Suponemos que muchas veces la exposición de opiniones en este sentido pasa por la administración de las publicaciones, «a tanto la línea». Pero ello no impide que la mentalidad belicosa de quienes no quieren abdicar de sus potentes intereses esté creando una actitud de desesperanza.

A este respecto, conviene hacer una precisión. El alza del coste de la vida prácticamente ha absorbido o gran parte —o toda— la mejora salarial de los últimos tiempos. Incide este coste de la vida sobre la alimentación, el más básico capítulo de la mayoría de los hogares españoles. Y no es esta ocasión de hacer recuento de los efectivos aumentos en los precios, primeramente porque están en la conciencia de cada cual. Para hablar del binomio productividad-salarios habríamos de partir de dos supuestos claros: primero, un justo reparto de las cargas y la riqueza del país; segundo, un equilibrio de precios y salarios, desde cuyo equilibrio se pueda contabilizar de manera ascendente.

Si no sucede de esta forma, y los salarios buscan el no desfasarse del coste de la vida, sin que prácticamente su aumento signifique un real avance, sobre todo lo demás. No se trata, desgraciadamente, de repartir mejor, de elevar el nivel de vida de las clases medias y bajas del país, sino de no retroceder. ¿Que esto es la inflación? Dudo nos ha parecido siem-

pre el achacar los males de la inflación a los aumentos de salarios, puesto que los mismos suelen ser siempre una consecuencia, no un efecto. Podríase invocar la correlación entre la productividad y los salarios cuando el coste de la vida permaneciera invariable, pero cuando el valor real de los estipendios profesionales ha disminuido, debido a la carestía, a lo más que se pretende es a unos reajustes mínimos que vuelvan a situar estos estipendios en su lugar.

Por lo visto esto es algo que se viene olvidando. Es lógico pensar que cada cual quiere mejorar de suerte y que hay demandas que la más prudente política económica no puede consentir. Aunque éste no es el caso; en el fondo se invoca ese vago concepto del bien común, y para muchos el bien común reside en la congelación de los salarios, el arbitrar patronalistas manchesterianos y hacer más feroz y más hermético el capitalismo.

Sucede a menudo que, a fuerza del uso y abuso, muchos vocablos pierden su entidad etimológica. Ello puede ocurrir también con los de nuevo cuño, tales como productividad, bien común, etcétera. Las bellas palabras, si carecen del soporte de las realidades, quedan en pompa vacía. Y, lo que es más trágico, se las pierde el respeto. De trás queda el escepticismo.

Vale la pena aclarar todo esto, ya que hay quienes pretenden desorientar. La demagogia —otra palabreja de moda— es el sambenito que se cuelga a todo lo que represente bienestar colectivo. Naturalmente, y ello no haría falta decirlo, quienes escriben y hablan contra una política salarial y de precios más de acuerdo con las realidades, no pasan por el agobio del fin de mes, los plazos y el subdesarrollo familiar.

FERNANDO MENDY



No le gusta su trabajo actual?

En poco tiempo, sin necesidad de conocimientos especiales, puede Ud. cambiar de trabajo. Abrase un nuevo camino que le proporcionará un sueldo mayor, un trabajo agradable y las mejores colocaciones. Le ofrecemos una solución rápida, fácil y segura. Elija la rama que más le guste. Conviértase en un especialista, en TECNICO DIPLOMADO en cualquiera de estas ramas, estudiando en su propia casa una sola hora diaria, las fáciles y agradables lecciones ilustradas con innumerables dibujos y fotografías, del CURSO POR CORREO, que más le guste y le interese:

- Cursos de MECANICA**
 - Delineante Mecánico
 - Técnico Mecánico
 - Encargado Mecánico
 - Maestro Tornero
 - Maestro Ajustador
 - Maestro Fresador
 - Maestro Soldador
 - Técnico en Soldadura
 - Preaprendizaje
- Cursos de DIBUJO**
 - Delineante General
 - Dibujo Artístico
 - Dibujo Publicitario
 - Dibujo Comercial
 - Dibujo Humorístico
 - Dibujo Figurines
 - Dibujante General
 - Técnico Rotulista
 - Pintor Rotulista
 - Dibujante de Muebles

- Cursos MOTOR Y AUTOMOVIL**
 - Mecánico Automóviles
 - Mecánico Diesel
 - Técnico en Motores
 - Electricidad Automóvil
- Cursos Tracción FERROVIARIA**
 - Mecánico de Tracción
 - Electricista Tracción
 - Jefe Taller Tracción
- Cursos de ELECTRICIDAD**
 - Instalador Electricista
 - Montador Electricista
 - Técnico Electricista
 - Maestro Electricista

- Cursos de CONSTRUCCION**
 - Delineante en Construcción
 - Técnico de la Construcción
 - Maestro Albañil
 - Hormigón Armado
 - Topografía
 - Carpintería
 - Ebanistería
 - Decoración
 - Pintor Decorador

Más de 100 Empresas nos tienen confiada la formación profesional de su personal. Condiciones especiales a empresas.

UN SIMPLE SELLO DE CORREOS

y este cupón puede ser el principio de una vida mejor para Ud. y para los suyos. ¡Móndelo HOY MISMO, pues a nada se compromete!

Me interesa folleto de los Cursos:

DON _____

DOMICILIO _____

POBLACION _____ Distrito Postal _____

PROVINCIA _____

CEAC ARAGON, 472 - Dpto. F-31 BARCELONA-13

ceac
Aragón, 472 - Dpto. F-31
BARCELONA-13

CENTRO DE FORMACION PROFESIONAL Y TECNICA POR CORREO * AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL N. 56

El catorce de enero, Albert Schweitzer cumplió 90 años

BONN.—Hoy en día se va haciendo cada vez más difícil la figura del polifacético. En tanto que Leibniz fue capaz de abarcar toda la ciencia de su tiempo, incluso la política, Alejandro von Humboldt, polifacético del pasado siglo, gran figura de las Ciencias Naturales, carecía de esta materia en el índice de sus conocimientos científicos. Por ello nadie puede asombrarse de que el último hombre de nuestro tiempo con la fama aristotélica de un polifacético en el campo de la Ciencia, no tenga el menor sentido de la política y que sea objeto de la especulación e intrigas políticas aislado como está en la selva africana.

Albert Schweitzer, a quien todo el mundo prefiere llamar el «doctor de la selva», y que el 14 de enero cumplió 90 años, es todo menos un político.

Nació en Kayserberg, Alsacia, como ciudadano alemán, y la primera guerra mundial le sorprendió en Ogawa, Congo, francés entonces. Fue internado por los franceses y sobre su experiencia se hizo una película. «Es medianoche», doctor Schweitzer. Poco después de la primera Gran Guerra recorrió las Universidades europeas, destacándose como magnífico orador —ayudado por su figura y un grueso mostacho a lo Nietzsche—, recaudando dinero para la reconstrucción de su hospital en la selva. En ninguna ocasión recordó que venía como francés.

Schweitzer ha sido un pionero en Africa de la cultura europea. De cuando en cuando hacía un viaje a Europa con el exclusivo fin de renovar las reservas financieras de su hospital. Mientras se sucedían grandes acontecimientos y en el escenario eu-



ropeo aparecían —para luego desaparecer— hombres como Hitler y Stalin; se desentrañaba la guerra y se volvía a reconstruir Europa, Albert Schweitzer permaneció como aislado de todo esto, insensible, dijéramos, de todos sus pensamientos y toda su energía pertenecían por entero al hospital en la selva africana.

(Sigue en octava plana.)

EL CABALLO DE TROYA